



Cartas desde lo incierto



Escogí el lugar en el que conversamos la última vez para ver tu expresión cuando al entrar oleras la mezcla de humedad, licor, cigarrillo y casa vieja. Te imaginaba al pie de la hermosa ventana desde la que se mira un pedazo de cielo, otro de balcón, un poquito de tejado y un farol. Pensé que te gustaría mucho ese lugar, que te fijarías en la ornamentación, en la marquesina y las claraboyas, en el mosaico del piso, en las cenefas, en la madera del bar y en el juego de la luz sobre las paredes desnudas. Supuse que cederías de inmediato al encanto ausente de las mil historias que deben haber pasado por sus sobrios salones.

Me agradó tu mudez, el tiempo largo que te tomaste para observar los altos techos, las mesas con cubierta de fórmica, los asientos desvencijados, los vidrios manchados y los escasos clientes. Respiraste profundo ese aroma envolvente y sutil que se adhiere a la ropa. Fumaste el primer cigarrillo y bebiste más de la mitad de tu cerveza sin decir nada. Sin duda, el lugar te impactó y se quedó en tus afectos.

Las botellas vacías empezaron a llenar la mesa y las colillas a rebasar el cenicero. A veces callábamos para escuchar algún tango, incluso tarareamos un bolero. Por momentos tu mirada se iba por la ventana aunque ya no se veían el cielo, el balcón, el tejado o el farol; con frecuencia dejabas de hablar para aspirar profundo tu cigarrillo o beber sorbos largos de tu botella. Entre más te costaba lo que ibas a decir más demorabas en hablar.

He vuelto a pensar en nuestra conversación porque no te dije nada, todo sigue en mi interior. Hablaste de ti pero no quisiste saber nada de mi, no se qué das por hecho. Por eso quise escribirte aunque sin saber qué, ¿historias excitantes que puedas usar en tus momentos de solitaria exaltación? ¿Un potaje existencial-sicológico que deserotice lo erótico y lo vuelva teoría? ¿Develarte mis deseos para que me los retornes contextualizados o en perspectiva?

Tal vez soy yo quien debe responder qué quiero contar, qué demonios pegajosos quiero airear. Necesito crear un inicial lazo con el tema, verlo a los ojos por vez primera y saber si me gusta o no su mirada y si genera la atmósfera necesaria para que me deshaga en divagaciones...



No puedo asociar el cómo me siento al cómo me veo, la escisión es más intensa al caminar... no cuando me transporto sobre mis pies con un rumbo definido sino cuando pienso y fantaseo mientras hago un recorrido pensado para desenvolver o propiciar ideas que se resisten. Cuando deambulo así no recuerdo que me visto con desaliño; se me olvida que conmigo no se pueden asociar la elegancia, el porte o la agilidad, siento que me muevo como si no supiera que carezco de estilo o de algo grato a la vista ajena.

De mí no se puede decir lo que suele loarse de los objetos amados o deseados en la literatura, el cine o las canciones de amor. No tengo clase ni distinción alguna, no marco una impronta por donde paso. Mi piel no está bronceada ni es uniforme y mi rostro no es armónico; mi cabello no brilla ni es abundante; mis piernas no son largas y duras ni mis brazos atléticos; mi vientre no es plano ni mi cintura delgada; mis manos no tienen dedos largos ni hacen gestos elocuentes; mis ojos no son expresivos ni mi mirada desafiante o agónica; mis labios no son gruesos y húmedos y mis dientes no son blancos ni regulares.

No tengo una sonrisa luminosa ni una expresión desvalida, no me muevo como un felino ni tengo la esbeltez de un junco; en mí no se manifiesta ninguna sugestiva plenitud ni un ansía desmesurada. No soy de una raza o un color definidos que pudieran acicatear apetitos sofisticados. No se adivina en mí una estirpe ni parezco el último vástago de un linaje diezmado. Es obvio que no porto un secreto milenar o un saber maldito y que no me pasa nada raro en las noches de luna llena. No me envuelve una atmósfera perfumada ni una consonancia de colores, no uso ropas exclusivas ni extravagantes o alternativas, nada en mí suscita curiosidad o inquietud, no despierto la imaginación de nadie. Ni movimiento, ni apariencia, ni connotaciones... sólo yo vagabundeando por ahí.

Tampoco tengo un carácter notable; no soy desafiante y rebelde, no soy dulce y noble, no prodigo afecto ni siembro cizaña; no emana de mí una debilidad o una fortaleza tales que despierten el instinto protector o de seguridad que les corresponde; no repelo ni apasiono, no desencadeno sentimientos inexplicables o vergonzantes; no hay en mí nada animal, telúrico, salvaje o primitivo, trascendente, incorpóreo o cósmico. Mejor dicho, estoy lejos de la tragedia, el drama y la épica y siento que podría resbalarme más bien en la comedia o la parodia.

No tengo profundos e intrincados conflictos existenciales ni una historia sangrienta que se asome a mi mirada; no he sido víctima inocente ni sujeto de crueles o viles pasiones. No frecuento lugares clandestinos o truculentos ni distinguidos o exquisitos; no conozco símbolos o leyendas hechas carne. En otras



palabras, no hay, ni hubo, nada con lo que pudieran chantajearme o que me obligara a cambiar de identidad. No tengo membresía de ninguna secta ni sé el santo y seña de alguna cofradía. Si alguien se tomara el trabajo de esculcar mis pertenencias, seguirme los pasos o interceptar mi teléfono no tardaría mucho en bostezar y buscar algo mejor que hacer.

No destaco entre la gente, a veces parezco invisible; nadie me reconoce joven cuando me ve, tampoco me pueden suponer feliz o en agonía. Hasta que no hablo no parezco interesante ni encajo en ningún lugar o circunstancia. Mi rostro, mi manera de moverme y mi apariencia son inexpresivos y anodinos.

No puedo verme desde adentro, se me olvida cómo soy... Siento fobia por las fotos porque me obligan a ver mi presencia real, concreta y estática. Yo me miro en los espejos pero el espejo es movimiento, puedes componerte, además, sólo te ves tú mientras que una foto es para todos; la imagen del espejo es fugaz y episódica, la de una fotografía perdura. Tú eres la foto que sobreviva de ti, sólo eso si no escribes, o pintas, o coqueteas de alguna otra forma con la inmortalidad de la memoria colectiva. La fotografía te muestra como te ven los otros, la cámara es una retina y tu una de las muchas imágenes que se fijan en ella.

No me gusta como me ven los otros, o mejor dicho, no me gusta lo que los otros ven en mí. Aun cuando lleguen a quererme jamás podrán mirarme como me siento yo. En otras palabras: a mis ojos sí soy literaria, sobre todo cuando deambulo por la ciudad. Puedo describirme con metáforas y asignarme una cierta belleza. Pero parecería que así sólo me veo yo, no alguien que esté fuera de mí.

Mi cuerpo ha sido un desafío y a la vez una derrota; me ha privado pero, al mismo tiempo, me ha permitido. Me instaló en una ambigüedad que me ha reportado muchas gratificaciones y al tiempo muchas frustraciones. Sé, por la filosofía, el arte, la ética, que un ser es más que un cuerpo; que ni la posibilidad de objetivarse ni la de gozar tienen referente real en unas formas, texturas, medidas o pesos. También sé que el cuerpo es ante todo una configuración cultural. Pero la realidad es que por verme como me ven tengo conflictos afectivos. Mi cuerpo es la manifestación externa de una rebelión pero también un obstáculo para pelear el amor o la pasión; no puedo vencer la seguridad de que nadie haría el esfuerzo de aceptarme y por eso no me empeño en construir un erotismo en el que quepan otros.

Mi deducción de todo esto es que estoy más allá de cualquier erotismo, excepto del que pueda crear por mí y para mí.

...Todo lo que te dijera de aquí en adelante serían variaciones sobre el mismo tema. ♦



• D • O • S •

No esperaba que me contestaras pero me agradó mucho recibir tu carta. No tenías que esforzarte tanto por contradecirme y restaurarme, aprecio tu intención de romper mi monólogo pero no es lo que busco de ti. No tenías que haberte exaltado ni pensar que sigo tendiendo a la autodestrucción y que tanta mordacidad no es normal. Por favor, no trates de protegerme de mis ejercicios racionales. Lo que te conté es el resultado de una reflexión que no había escrito pero que ya estaba en mi mente; no es una queja ni un reclamo, es apenas una percepción de mi propio ser.

Sé, siento y asumo que me quieren, me aceptan y valoran, sobre todo las fraternas amistades con las que nunca colisiono. He tenido conflictos con ellas pero se superan, al menos se metamorfosean y no ponen en riesgo los mutuos afectos. Soy confiable y no despierto reticencias por la sencilla razón de que no tengo la talla de rival para nadie ni en nada; en todo, me limito a hacer lo mío. No estoy triste, me gusta como vivo y lo que hago. En la carta Intenté expresar un sentimiento profundo y complejo, nada más.

Me dices, cuando se te pasa el furor mayéutico, que sientes parecido; que expresé sentimientos que no habías podido atrapar y convertir en palabras. Puede que sí; nos movemos y venimos de circunstancias sociales y culturales muy similares, podría ser un problema de generación o de clase o de oficio. Pero no quiero compañía en mi monólogo, de lo contrario hubiésemos hablado en alguno de las tantos sitios en los que nos sentamos a mirar caer la tarde. Déjame fluir en paz, ¿sí?

El erotismo es sobre todo sensorial; su tópico usual es un estímulo incontrolable sobre alguno de los sentidos de una persona cualquiera que va entrando en la obsesión. Es una fuerza que por fin se desencadena y que le permite al seducido superar las convenciones, las razones, los escrúpulos o las inhibiciones. El para entonces maníaco no descansa hasta poseer de alguna forma el objeto que desea; a esas alturas ya lo ha merodeado y recreado tanto que lo abstrae. Los límites entre lo real y lo imaginario se borran sin remedio. Te estoy hablando de esas películas o historias de una persona que no se controla respecto a otra y que cuando no puede acceder a la concreción de su cuerpo crea patéticos y poéticos sucedáneos o símbolos. En la literatura romántica y en la erótica quien ama o desea, o ambas a la vez, es un alguien destrozado y febril que concentra todo su ser en el que lo apasiona; no se mide ni se detiene, no piensa en las consecuencias ni repara en los medios. Está fuera de sí.



La medida del erotismo está en el sentido que impresione; el más corriente es el visual porque la vista es el sentido de lo evidente, lo literal y lo directo. Para el ojo no hay mediaciones, no deja lugar a la duda. Uno ve sobre todo lo que le enseñan a ver o lo que le dicen que es digno de verse. No soy el tipo de persona que entre por los ojos adiestrados de alguien (si estuviésemos hablando por ahí, en este punto sería inevitable que me interrumpieras para precisar lo que estoy diciendo, ¿verdad?).

Pienso que los otros sentidos me depararían mayores posibilidades. El que más me seduce es el olfato, la memoria olfativa es la más fiel en el tiempo, un olor despierta más recuerdos que una imagen. Puedes inhibir la vista y el gusto a voluntad cerrando los ojos o la boca, y el tacto si no dejas que tu cuerpo se roce con nada. Pero así como no impresiono la vista tampoco inquieto al tacto porque mi piel no es sedosa y regular. Lo estriado, flácido, rugoso, manchado, torcido o enrojecido no parecen estimular lo erótico.

En cambio tu cerebro no controla lo que hueles ni lo que oyes, para eso es necesario taparte las orejas o la nariz. Me encanta mi propio olor. El olfato va unido al gusto y me gusta mi sabor, en especial cuando lo libo en otra piel impregnada de mí.

Pero no impactar positivamente la vista de nadie aleja la posibilidad de que me cuele por sentidos más favorables. De no ser una persona con patologías muy severas, ¿quién iba a acercarse a mi para olerme o degustarme? Podría ser la satisfacción de un deseo depravado pero no quiero que me fragmenten, ¿qué tal reducirme a un ombligo o una oreja? ¿O al tobillo grueso que busca una persona loca para atar con seda roja? ¿O a la nuca que alguien fantasea tronchar? ¿O las nalgas fofas que cualquier desquiciado quiere azotar porque se parecen a las de su maltratador?

Hace tiempo vengo sintiendo que en mí el individuo ha eliminado el sexo y la mente ha subordinado al cuerpo; no se cómo se siente ser objeto deseado, parece que de mi territorio está excluida la piel de los otros y que mi propia piel es irrelevante para alguien que no sea yo.

Cuando te decía que no me siento como me veo estoy expresando algo muy complejo que está más allá de lo literal, el problema es que yo no tengo lugar en lo metafórico. Siento, a veces, en mí interior un apasionamiento y una intensidad que se contradicen con mi aspecto tedioso y apocado; a veces soy presa de unos anhelos que parecerían prestados o usurpados. Quizás la condena proviene de mí, no se dónde se estableció que la intensidad, la pasión y la vitalidad deben corresponderse con un cierto aspecto físico. Como que para ser febril o desaforado se necesitan simetría en las formas, capacidad pulmonar, tonicidad muscular, un precioso color canela y voz ronca.



Mi división es cada vez más clara, en especial, reitero, cuando transito por la calle; en mis adentros me siento ágil, libre y recipiente de una cierta plenitud, pero calculo que desde fuera no paso de ser un transeúnte que camina despacio y obstaculiza el paso. ♦

• T • R • E • S •

Dices que cada vez te preocupa más el género, el tuyo. “¿Qué de mi propio ser es cultura, biología o tradición?”, me preguntas. “No sé, aunque no caigo en la ingenuidad de creer que soy mi artífice”, te respondes. Y después una confesión: “¡Y eso me da mucha rabia!”. Yo también lo pienso a menudo y tampoco sé la respuesta.

No soy arquetipo, no quiero envanecerme pensando que soy excepcional pero tampoco desconozco que las condiciones en las que me muevo, si no extraordinarias, al menos si son minoritarias. Conozco el mundo -aunque sea a través de libros- y tengo criterios sólidos respecto a muchas cosas; soy amoral y racionalista, he superado prejuicios y conductas típicas, me he liberado de unas cuantas ilusiones y me instalé en un sano escepticismo, aunque cada vez hago escapadas más largas al cinismo y me siento rondando la amargura. No resulta fácil engañarme ni convencerme, no siempre me alindero al calor de las emociones ni experimento sentimientos viscerales. En fin, al mismo tiempo vivo mi vida y la examino.

Algunas de las personas cercanas a mi han vivido cosas notables y polémicas, a ellas si resultaría interesante espirlas. Colecciono monólogos que fluctúan siempre entre la anécdota y la interpretación. Las personas que me hacen confidencias han aceptado, sin saberlo o con plena conciencia, ser mis informantes de la vida en otros mundos. Y siento curiosidad. Y sé preguntar. Seduzco a las personas para que divaguen, pulso la fibra narradora que hay en ellas, soy capaz de inflamar hasta el protagonismo más tímido y recatado. Y tarde o temprano escribo sobre lo que me cuentan. Tengo una modesta galería de personajes literarios en el tercer cajón de mi armario. Con su generosa colaboración me curé de espantos (aunque guardo la esperanza de que todavía no se hayan agotado las sorpresas).

Se me educó con ambigüedad, conmigo pasaron de refilón por los estereotipos de género. No me protegieron como una joya en su estuche pero tampoco me aventaron al mundo para que lo volviera mío. No me cargaron con quehaceres ni con deberes. No me exigieron que ganara pero tampoco se conformaron con que perdiera. Ni me prohibieron ni me indujeron; las privaciones y los excesos fueron



equilibrados. No me prepararon para obedecer ni para arrasar, no me limitaron a la emoción o la razón. No me exigieron heroísmos ni sacrificios. Me consintieron y me vapulearon, me exhibieron y me ignoraron, y me ensalzaron y me abatieron alternadamente, siempre con moderada intensidad. Aceptaron igual mis liderazgos y pasividades, sin aspavientos ni dramas. No me hicieron objeto de la vanidad de nadie ni se ejerció sobre mí ninguna capacidad de disfraz.

No tengo problemas para asumirme como individuo de este aquí y este ahora, pero cuando debo apropiarme de un género no experimento la misma plenitud y certeza. Igual que cuando me obligan a tomar una decisión: decidir es desechar una posibilidad en favor de otra. Esa postergación, ese vacío, ese pisar un terreno deleznable me asexúa y me sitúa en una posición de continua espera. Mi estado básico es la latencia.

En mí el género no es evidente, la mayor parte de los hombres y las mujeres logran armonía entre su aspecto físico y el estereotipo sexual y de género de la cultura. Es decir, los hombres se ven, se portan y piensan como hombres y las mujeres como mujeres y los demás los reconocen así y los tratan en consecuencia. Los conflictos están en los caracteres, en cómo reaccionan ante una situación o cómo toman una decisión. Existen seres con alguna ambigüedad pero esos quedan instalados en el espacio de lo liminar, de lo que aún no es.

No se trata de si te atraen los de tu sexo opuesto, los de tu mismo sexo o ambos sino más bien de cómo atraes tu al que no eres tú. Mejor dicho, quien te escribe es un individuo que, uno, tiene conciencia de no atraer, dos, trata de explicárselo y, tres... ¿qué?

Serías implicaciones tiene lo que estoy diciendo, ¿no crees? •

• C • U • A • L • T • E • R • O •

Te inquieta saber por qué le gasto tanto tiempo a estas cartas y además por qué te escribo en lugar de hablarte.

Tengo la certeza de que mi sexualidad, la forma como la asumo y la vivo, es producto de un frenesí adaptador y defensivo.

No he conocido el equilibrio entre afecto y dermis, no he vivido relaciones estables, continuas y maduras y ya no tengo la inalterable certeza de que sea por mi carencia de atractivos. Mi sexualidad ha sido muy introvertida, la he reprimido por temor a un rechazo que pudiera lesionar mi sentido de la dignidad.



En mí el eros no se avinagró ni se mohosó, lo que le pasó es menos terrible: se sublimó en la palabra y el silencio, que son dos caras de una misma moneda. Mis escauceos amorosos han sido clandestinos, episódicos y discontinuos; nunca un romance público y regular. Siempre besos en sitios oscuros y caricias en cuartos cerrados, mis relaciones han sido secretas porque como cuerpo produzco una cierta vergüenza a quien me posee, ¿por qué más podría ser?. Puedo tener éxito en atmósferas intimistas o en estados alterados; puedo, con un esfuerzo titánico, conducir a alguien de un contexto existencial depresivo o anarco culposo, ojalá con ayuda ética, a unas sábanas pero nunca mantener el sortilegio hasta después del café.

Puedo propiciar raptos de pasión o aliviar una necesidad; también puedo despertar afectos pero no me han amado, no me he depurado en la convivencia. Mi juego de seducción consiste en insinuar unos deseos genéricos e irlos particularizando hasta hacer explícita mi disposición a satisfacerlos; voy tejiendo una red en la cual el otro termina involucrado, pero yo no tomo la iniciativa última, la verdadera. Me limito a producir una atmósfera ambigua y sutil hecha de palabras y concepciones pero es quien está enfrente el que da el primer beso. Una vez que la situación esté perfecta y meridianamente definida, sin lugar a ningún equívoco, me desempeño con propiedad. Sé acariciar y besar, sé producir emociones físicas, puedo allegar a alguien al placer y a la ternura, consigo ser alguien-caricia pero no he alcanzado a ser alguien-amor o alguien-delirio.

Además el mundo me ayuda, la gente de mi edad y mi condición quiere vivir cosas nuevas, recuperarse como contradictor de lo instituido o incursionar en lo lúdico y lo liviano; quieren, de vez en cuando, expulsar de sí la rutina, la estabilidad o la desesperanza, sentir que aún pueden parecerse a lo que fueron o deseaban ser. En esos huequitos medramos los seres como yo. En fin... hay muchos discursos que bien manipulados y al ritmo adecuado conducen a encuentros eróticos.

¿Pero qué tanto se crece en los orgasmos y ardores esporádicos? Conoces tu forma de amar y das al que está contigo, te perfeccionas en un arte, aprendes nuevos trucos. Pero, en el caso típico, tu ser integral no crece, sencillamente se recrea. Sólo te haces adulto, o al menos tienes la posibilidad de madurar, en una relación continua, donde haya que negociar, ceder y superar el hastío o la desilusión, en una relación en la que puedas ejercer la solidaridad y el sacrificio o en un después en el que te arrepientas del egoísmo o tengas la certeza de haber sido víctima. Mis relaciones son fraternas pero no tienen piel.

Es como si para mí fueran excluyentes lo erótico y lo afectivo. ♦



He escuchado a mucha gente hablar de lo que le han contado, han visto o han leído que hacen otros. También resulta fácil narrar lo que hicieron en uno porque no muestra de sí nada más que el haber aceptado y en qué grado o no haberse resistido; lo que hacen los otros en uno dice de uno menos de lo que dice de ellos (¿por qué siento que esto te sonará falso?) Lo más sencillo es hablar de uno atribuyéndoselo a otro, es lo que solemos hacer.

Pero yo no, al menos no ahora ni contigo.

Me fascina la tibieza que nace de la lentitud, estirar ese momento en el que el primer beso todavía no es pero ya es indudable que lo será. Acercarse despacio, dejarse halar por la expectativa del otro, mezclar los alientos antes de que se toquen las bocas. Me fascinan los besos inacabables que empiezan siendo leves y rápidos alateos en los labios y que una vez se abren las bocas se hacen inquisitivos, impetuosos y profundos. Ese momento fugaz en que todo se define, en que se sale de un ritmo, un tiempo, una posición, una temperatura y se entra a otros, en el que todo lo anterior se rezaga y pierde importancia. Esos besos largos y perezosos que atizan, que se van apoderando y que arrasan aunque sean dulces y tenues. Me gusta sobre todo el primer gemido, los suspiros y estremecimientos que van avisando a todo el cuerpo y poniéndolo en alerta.

Es un arte ir despacio, detenerte y volver a empezar, postergar, disfrutar del camino que has de recorrer, hacer del deambular un fin en sí mismo. Los besos son como pasos, ahí adquieren sentido las procesiones: dos pasos adelante y uno atrás...

Me gustan las lenguas que se comportan como pinceles o como cinceles, que en la materia primigenia de un cuerpo crean otra naturaleza, que corrigen, retocan y destacan, que iluminan o ensombrecen con óleos, aceites y resinas. Esas lenguas con manos y pies que pueden recorrer los rostros, borrar de los ojos las horribles visiones y susurrar su aliento tibio y sofocado expulsando de las orejas detritos de discurso. Esas lenguas intrépidas que siguen el filo de la nariz hasta llegar al mentón y asomarse al acantilado del cuello.

Las manos ayudan a la boca y a la lengua, recorren el mismo territorio, a veces precediendo, otras antecediendo. Las manos sabias yerran sin prisa, se detienen donde les plazca y conjugan muchos verbos: apretar, pellizcar, amasar, rodear, digitar, esculpir, jugar... Los dedos no sólo acarician, también miran y escuchan, por eso entran a la boca y a todo aquello que les parezca un recinto.



Me magnetiza ese primer instante en que una mano con iniciativa se separa de las otras, esa vanguardia audaz que va abriendo el camino, que batalla o seduce a la ropa, se introduce por debajo y grita, asomada a la proa, “¡Piel! ¡Piel!”. A su llamada responden las bocas y las otras manos, bajan en tropel, saltan a la playa y besan la piel para tomar posesión de ella, sin saber nada todavía de su extensión, de sus alturas y pantanos, de sus fuentes de agua dulce.

Me gusta descolgarme con mis labios por su hombro y llegar al interior del codo, ir hacia su mano para que me besen sus dedos, para que se asomen al claroscuro húmedo de mi boca y se dejen atraer a sus profundidades. Mientras tanto los besos han llegado al ombligo, las manos se han quedado en el rostro, en el cuello y en el pecho, para asegurar el territorio que aunque las presentía siempre resulta sorprendido. Los dedos descifran códigos escritos en la piel pero la boca y la lengua no hacen caso de sus descubrimientos porque se alejan monte arriba, agujoneadas por los gemidos, suspiros y sonidos guturales que arrecian y las guían.

El crescendo de los clamores obliga a las bocas a juntarse otra vez y descubrir maravilladas nuevos sabores. Olores y sabores mezclados entre sí, líquidos que refulgen en la nariz y que al lamerlos producen la perturbadora sensación de estarse lamiendo. Besar y besar, buscar nuevas provisiones, escalar y descender, pasar de un ritmo a otro en segundos de vértigo. Crear un universo tórrido, húmedo y fragante aunque sus fronteras sean el límite de la cama.

Me embelesa relamer el otro cuerpo, bañarlo en mi saliva ardiente, recorrerlo con mi boca aspirando y chupando con gula y fruición. Y me alucina sobre todo enardecer, sentir que su respiración se agita y no encuentra un orden, que no sabe qué quiere porque lo quiere todo, que su piel y sus músculos, no sólo se han despabilado sino que están ansiosos y exigen, que al conjuro de mis besos se derrite, que es como un recipiente que se vuelca y no le importa. La ansiedad del otro aumenta mi deseo, su ritmo se apodera de mi ritmo, mi cuerpo es caja de resonancia de sus arcos y afares. Mi cuerpo se confunde y cree que sus gemidos son míos y a ellos reacciona.

Mi cima es el fluido cálido, el sentir los cuerpos húmedos y resbalosos, saber que los líquidos se confunden y que al manar van formando una placenta tibia y olorosa desde la cual se puede desafiar al tiempo; la tibieza aísla, protege y encierra.

La lentitud es mi sino; la pasión de tan intensa se deshace, explota muy rápido, sin que pueda evitarse: hace que el cuerpo se combe, arranca gritos y espasmos, pone palpitaciones en recónditos túneles. Pero se acaba, se esfuma. En cambio los besos resisten y te hacen rezumar, los obligas a durar hasta que te reboses y quieras una implosión que retorne tu savia muy adentro, a donde pertenece. ♦



• IS •  • IS •

La próxima vez que nos encontremos vamos a tomar café, por la mañana, en un sitio sin pasado... hablaremos de lo mal que está el mundo y tan pronto pase alguien que conozcamos lo vamos a invitar a acompañarnos.

Lo haremos así mientras se te pasan esas ideas. Retornaremos a lo que éramos, al fin de cuentas, hasta ahora nos ha resultado muy agradable. ♦

Bogotá, Agosto 27 de 2001

Orientame

UNIDAD DE ORIENTACION
Y ASISTENCIA MATERNA

Todas merecemos
respeto, orientación y apoyo

Salud Sexual y Reproductiva
para la Mujer y la Pareja

TEUSAQUILLO: Cr. 17 No. 33-50
Tels. 285 09 10 • 285 55 00 • 285 11 62

ANTIGUO COUNTRY: Cr. 20 No. 85-76
Tels. 218 20 03 • 616 50 54 • 616 76 29

SANTA ISABEL: Cr. 30 A No. 0-19 Sur
Tels. 237 56 73 • 360 33 80 • 360 34 41